

Escrutinio sobre el futuro de América Latina

Belisario Betancur
(*Ex-Presidente de la República de Colombia*)

Mirar a América Latina al comenzar los 90, debe ser un ejercicio lúdico antes que un ejercicio de lamentaciones: desde Huizinga se advierte que el *homo ludens* fue anterior al *homo Sapiens*. El cual se sabe que extravió su camino en la región. Ya es hora de reconocerlo, ahora cuando se agotó la retórica, de la cual vivimos secularmente, con la que alimentamos las ilusiones y pretendimos construir la teoría del Estado que veíamos como la base para nuestro desarrollo. Nadie pudo evitar que con ella intentáramos elaborar una explicación sobre el origen de nuestras frustraciones. Sin embargo, en el forcejeo de los sentimientos contradictorios que nos impulsaban, atinamos a atribuir la culpa exclusiva del infortunio a agentes externos. En más de un momento marchamos en contravía de la historia y le negamos la entrada a cualquier tentativa que se pareciera a una conciencia autocrítica.

Hace veinte años Octavio Paz hizo la síntesis de aquel paroxismo así: "Marchamos demasiado tiempo, dijo, detrás de ideas falsas". Eso había sido bastante para volver ingobernable a América Latina.

1.- Gobernabilidad y providencialismo

La formación republicana de los dirigentes latinoamericanos floreció bajo el signo de un providencialismo atávico. La conquista de América fue al tiempo cruzada y aventura: en ambos casos la posibilidad de ir tras el misterio, estaba alimentada en designios sobrenatura-

les. En ocasiones fue la fe en el poder de lo espiritual a la manera judeo-cristiana; en otras, fue la seducción del embrujo detrás de las mitologías aborígenes. Y allí donde lo religioso o mítico no fue factor preponderante, la arrogancia del invasor terminó creando los reflejos condicionados de la dependencia. En todos los casos, el sistema de gobierno se apoyó en el teocentrismo fundamentalista, en el caudillismo de todos los matices; o en una tendencia irrefrenable al geocentrismo político.

De ahí en adelante, el estado sólo podía ser dispensador, y el orden social no fue el resultado de equilibrios conscientes sino de la sumisión incondicional o de la autoridad intimidatoria.

2.- Sin sentido autocrítico

En consecuencia, la rectoría latinoamericana careció del sentido autocrítico que sirvió en otras latitudes para rectificar a tiempo, o para fortalecer identidades. Y llegó tarde a las visiones ecuménicas. Se extravió en el follaje de lo parroquial y accesorio, perdió la perspectiva de las escalas económicas y terminó minimizando su propio destino: el nivel de gobernabilidad se redujo a cero.

Después de haber desperdiciado la década de los ochenta, sólo el sentido de la autocrítica, puede permitirle a América Latina recuperar el sendero extraviado a tan alto costo.

No basta con haber avanzado en los procesos de democratización formal, cuando se registra un rezago desalentador en la distribución de oportunidades para el bienestar. La democracia representativa declinó en el mundo, por paradoja cuando América Latina se ufanaba de haberla alcanzado en la plenitud de su territorio: es un signo más de su desubicación histórica.

3.- Los ideologismos y la ingobernabilidad

Nuestros esquemas políticos se mueven todavía en los torbellinos del ideologismo. No hemos arribado aún a las fronteras del pragmatismo que en el mundo ha permitido rescatar alguna racionalidad en la confrontación ideológica. Por activa o por pasiva, los partidos políticos tradicionales de América Latina tienen la principal cuota de responsabilidad en ese proceso decadente. Por lo mismo, algunos de ellos desaparecieron y otros agonizan en la indecisión de rectificaciones que no llegan a adoptarse. Sin embargo, muchas de las nuevas opciones políticas que se ofrecieron a partir de los años 60, terminaron encasilladas en los vicios que querían corregir. El dogmatismo ideológico de izquierda o de derecha repitió los errores del pasado, a pesar de que, con sentido visionario, el inolvidable profesor y líder laborista Harold Laski, advirtió con varias décadas de anticipación que en los dominios de la política no hay fe posible sin un alto margen de duda.

André Malraux vislumbró las dificultades de la transición ideológica hacia el realismo: *Toda política es maniqueísta, pero no hay que exagerar*, advertía para desvanecer los traumatismos que trae el choque con la realidad.

La gobernabilidad de América Latina sólo podría afirmarse en una visión global de su problemática: sin la persistencia de fronteras hirsutas que nos encasillaron cuando las corrientes del nuevo humanismo empezaban a agrietar los muros que construyeron los maniqueísmos del pasado.

4.- Una agenda común

Es hora, entonces, de construir una agenda común liberada del lastre que las falsas ideologías, de que habló

Octavio Paz, no nos permitieron hacer a un lado para caminar al ritmo de la historia.

Nuestras democracias están en mora de revisar los patrones de representación de una soberanía popular que sólo se expresa con plenitud a través de la participación comunitaria. Si la democracia representativa fue un disfraz del providencialismo político, la democracia de participación tiene que afirmar que el único camino para llegar a la libertad, está en la capacidad del ciudadano de mantener su independencia, incluso por encima de la tentación de acceder al bienestar o siquiera a la subsistencia. Esa alienación de la libertad constituye el rasgo dominante de las distintas formas del clientelismo, sobre ninguna de las cuales puede construirse un mínimo de gobernabilidad. Y mientras América Latina no se libere de ese yugo, el Estado, —grande o pequeño— seguirá siendo impotente para responder a las expectativas crecientes.

5.- Gobernabilidad y servicios públicos

La reforma municipal puesta en marcha en Colombia a partir de 1986, ha significado el comienzo de un reencuentro con los caminos de la gobernabilidad. A pesar de indicadores conocidos de las pesadumbres colombianas, la verdad es que mediante ese instrumento el horizonte aparece menos oscuro. A través de la elección popular de los alcaldes, y de pasos imaginativos para eliminar un régimen centralista anacrónico y para romper el círculo vicioso de la pobreza en los fiscos locales y regionales, Colombia está en el umbral de un nuevo alumbramiento. La sintomatología alentadora reside en la recuperación de los liderazgos locales y en el apareamiento de un nuevo dinamismo en su desarrollo periférico. Menguada la dependencia centralista, —que sólo supo alimentar silenciosas y perturbadoras tensio-

nes—, (provocada por el *estado providencialista*), comienza a tener un factor neutralizante en la capacidad creciente de inversión que ahora llega a las comunidades locales. El signo más gratificante de este testimonio de resurrección está en el hecho de que, antes de lo que se pensara, la inversión pública municipal y departamental se está transmutando en una variable macroeconómica de singular dinamismo. Sólo así ha empezado a sortearse la encrucijada de los servicios públicos, el gran determinante de la ruptura de credibilidad en el Tercer Mundo. Hasta el punto de que el expresidente colombiano Alfonso López Michelsen descubre con lucidez este fenómeno fascinante:

“Toda una escuela de pensamiento contemporáneo hace del Estado el agente responsable de la prestación de los servicios públicos. El contrato social de Rousseau, origen de la soberanía representativa, ha sido sustituido por el imaginario contrato de la ciudadanía con el Estado para que éste le preste servicios públicos en pago de su obediencia. En Colombia, ni el Estado presta como es debido los servicios públicos, ni los súbditos del Estado le prestan obediencia. Las enmiendas de forma ya no tienen curso para dar satisfacción al reclamo colectivo. Más que una enmienda constitucional, una actitud nueva en la administración de los servicios públicos le devolvería *governabilidad* al Estado colombiano”.

5.- Globalización e interdependencia

Nunca como ahora fue tan cierto que la coyuntura latinoamericana es la suma de unas singularidades nacionales, que no son más que la repetición de las mismas distorsiones con que nos obstinamos en manejar la realidad social y política, tanto en el ámbito público como en el privado. La diferencia con el pasado consiste en que la globalización creciente y la interdependencia van dejando a América Latina cada vez más fuera de rumbo. Ese desvío aumentará en la medida en que persistamos en los modelos conceptuales anacrónicos, que echaron a

perder nuestra real inserción en una comunidad internacional transformada de manera rotunda.

Superada la era de la guerra fría y de la coexistencia pacífica, el mundo ha aceptado su interdependencia inescapable. Y aunque resulta dispendioso cualquier intento por precisar las causas determinantes de las transformaciones que han afectado su gobernabilidad, no debe sorprender que la primera explicación para esa complejidad creciente esté en el empequeñecimiento planetario. No sólo por el acortamiento de las distancias y por la revolución de las comunicaciones, sino por el deterioro del clima mundial. Los recursos naturales destruidos y no renovados, crean un conflicto que aumentará en la medida en que el Norte empiece a sentir que depende en mayor grado de las reservas de oxígeno que anidan en el Sur. Al mismo tiempo, el vacío tecnológico del Tercer Mundo se presenta como una grieta enorme que, con corta distancia física y de tiempo, separa de manera peligrosa dos porciones de un mismo globo planetario. El agravante está en que la revolución de las expectativas crecientes, se alimenta en el hecho de que el acortamiento de distancias hace más agresivos los contrastes. En esta forma, el ejercicio del gobierno en América Latina no puede ser cosa distinta de administrar y atenuar al máximo estos contrastes. No con criterio conformista o de ocultamiento, sino con paciencia y pragmatismo; y con la comprensión de los hombres sabios: es decir, con los ingredientes que nunca tuvieron las ideologías dominantes.

6.- La dinámica de la democracia de participación

El crecimiento acelerado de la complejidad, combinado con la inminencia de conflictos y de contrastes, sólo se resuelve con la interdependencia constructiva. Dentro de una visión convencional y conformista, la acumu-

lación de necesidades insatisfechas eleva el nivel de conflictos, con el resultado del agravamiento en el grado de ingobernabilidad. Sin embargo, la nueva democracia de participación tiene su principal fuente dinámica en la existencia de carencias colectivas, susceptibles de ser resueltas con el trabajo participativo de quienes las padecen. En ese terreno se produce el milagro de los recursos no convencionales. En el informe preparado para la Fundación Hammarshold por Manfred Max-Neef y Felipe Herrera sobre el *Desarrollo a Escala Humana*, se da la clave para la creación de este nuevo horizonte:

“La diferencia entre recursos convencionales y no convencionales, está en que los primeros se agotan en la medida en que se utilizan, mientras los segundos se pierden sólo en la medida en que no se utilizan”.

La anterior verdad axiomática, representa la clave mejor para recuperar la credibilidad del Estado y por tanto para volver a la gobernabilidad de una sociedad descarriada.

7.- Los recursos no convencionales

Cuando se repasa el camino del endeudamiento externo latinoamericano, es forzoso concluir que el énfasis menor se puso en la utilización de los recursos convencionales. En algún momento, tanto la palanca del crédito como los recursos para garantizarlo tenían que agotarse. Y aunque, —justo es reconocerlo—, una porción importante de esa utilización de capital externo resultaba indispensable, la movilización de recursos no convencionales habría servido para multiplicar el efecto social-económico del crédito internacional y aún para haber hecho menos oneroso el servicio de la deuda.

Tener conciencia de que esto es posible y saberlo trasladar a la teoría y la práctica política, puede ser la clave para recuperar la gobernabilidad de América Lati-

na. No obstante nos quedaríamos a mitad de camino si no contáramos también con una conciencia similar por parte de la comunidad internacional. Es fácil entender que mientras dos terceras partes de la humanidad permanezcan al margen del progreso material y científico, el sincronismo de la economía mundial será poco menos que ilusorio. Puesto que, como diría Raymond Aron, el carácter supranacional del orden económico hace indispensable que la prosperidad de todos se conciba como algo indispensable para la prosperidad de cada uno.

8.- Repensar las relaciones norte-sur

No es éste el marco en que se ha desenvuelto la relación entre América Latina y el mundo desarrollado. Ni Estados Unidos, ni la Comunidad Económica Europea, ni el Japón, han brillado por su comprensión de esta mutua conveniencia: el signo mercantilista ha predominado en las grandes áreas de relación con las potencias industriales; aunque, por supuesto, América Latina ha demostrado un alto grado de incapacidad para presentar argumentos en contrario.

Gústenos o no nos guste, las buenas relaciones con Estados Unidos representan un prerrequisito para nuestra viabilidad geopolítica y económica y, desde luego, para nuestra propia gobernabilidad. Hemos gastado demasiadas energías en alimentar unas relaciones de conflicto, aunque también es cierto que el aparato tecnoburocrático de Washington no se decide en ocasiones a vencer su arrogancia anacrónica. Volviendo a Raymond Aron, es incuestionable que *para los Estados Unidos vale más un aliado difícil que un satélite rebelado en su fuero interno.*

Al arribar a los 500 años del descubrimiento, Europa-España, en ella— se reencuentra con América en el momento en que la Comunidad se constituye en la primera

potencia económica del mundo. Resulta paradójal que cuando la unidad europea es el resultado de un consenso de gobernabilidades, nuestra frágil preparación para el futuro se derive de una vida republicana precaria, en que parece como si día a día nos empeñáramos en debilitar la credibilidad de nuestras estructuras políticas.

9.- Coexistencia o interexistencia

Cualquier escrutinio sobre el futuro de la humanidad debe partir de un análisis crudo alrededor de su estado presente de gobernabilidad.

La globalización de la problemática que envuelve al hombre, acentúa su necesaria interdependencia: tal hecho significa que cuando se borran las fronteras convencionales, los equilibrios individuales sólo pueden lograrse en el marco de un equilibrio global. Ese paradigma planetario ha sido descrito en un lúcido Informe al Club de Roma por el profesor Ervin Laszlo, sobre *metas para la humanidad y horizontes de la comunidad global*. A partir de las duras experiencias que dejó la *coexistencia pacífica*, —durante los años 60—, los líderes del mundo han debido entender que no basta *coexistir*, cuando la mayor porción de seres humanos apenas sobrevive. Tampoco, según Laszlo, es suficiente reconocer la *interdependencia* como un hecho no correlacionado con la necesidad de *interexistir* dentro de una sociedad en que *todos ganan sin que otros pierdan*.

El nuevo liderazgo de América Latina tiene que saber entender el mensaje de esa sociedad global en la que debe insertarse con urgencia. Se ha perdido demasiado tiempo detrás de ideas falsas, como recordé al principio que advierte Octavio Paz. Lo cual no significa que deba abandonarse la esperanza: de nosotros, y solamente de nosotros, depende la recuperación —proustiana— del tiempo perdido.